

PONTEVEDRA

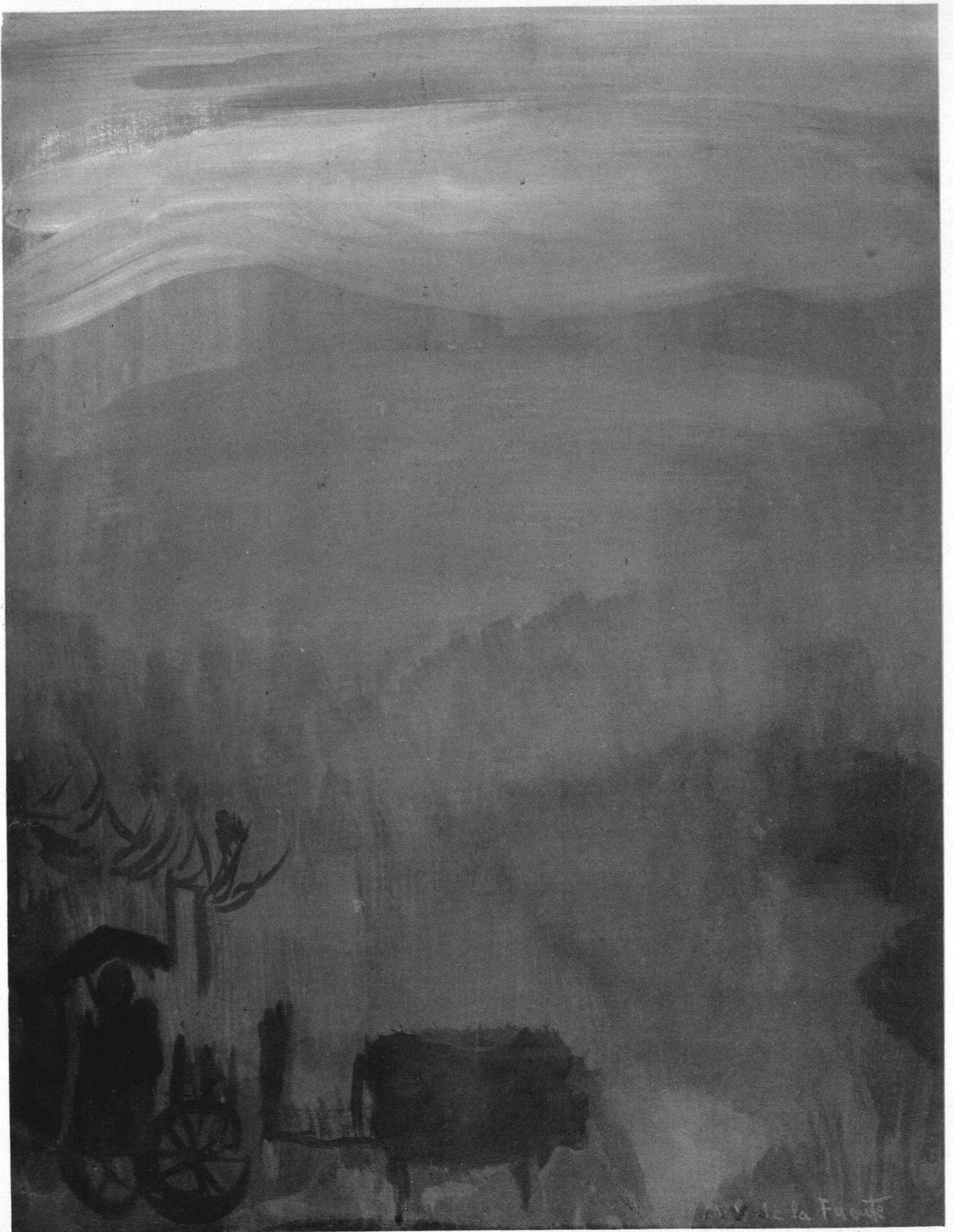
LA ESPAÑA DE CADA PROVINCIA

PUBLICACIONES ESPAÑOLAS
AVENIDA DEL GENERALISIMO, 39
MADRID, 1965

PONTEVEDRA

PONTFVEDRA

MARÍA VICTORIA DE LA FUENTE



PONTEVEDRA

Por JOSÉ MARÍA CASTROVIEJO

A la fresca hermosura de la tierra y el mar de Pontevedra va como anillo al dedo —las tres rías son la incomparable impronta de los tres largos dedos verdes, sumergidos por Dios en el Atlántico— el “ritornello” con que en la Alta Edad Media hizo felizmente el juglar Martín Codax acompañar a una de sus siete Cantigas de Amigo:

«E vou namorada»...

Sí, toda Pontevedra va “namorada” como una dulce novia. Namorada y enamorando, a través del milagro de su paisaje, con las casas asomadas al verdor de prados, bosques y maizales, salpicadas como en un nacimiento. Desde las cimas que dominan la gloria de la mar y desde el atrio que rodea las viejas iglesias encuadradas en la más noble de las arquitecturas —románico, laurel, roble— se presentan impresionantemente ante la pupila del viajero, con matices indescriptibles, próximos y lejanos, las mejores bazas que, bajo el indolente vuelo de las más hermosas nubes del mundo, puede ofrecer el campo circundante para la grandiosa visión del mar y de sus islas.

Alguna vez he dicho, por haberlo hondamente sentido, que uno quisiera ser parte integrante del paisaje para poder sumirse en él, como avispa zumbadora, en la gloria de una tarde de julio u octubre, a través de todos los colores del espectro. Unos colores que se precipitan quebrándose a veces de puro sutiles. La gama y sinfonía de oros, azules y verdes, se desarrolla ante nuestros ojos, que

quisieran ser metrónomos para perpetuar el milagro de las calidades en ordenada y perpetua duermevela de tonos, dirigida con verde ritmo ternario. Sí, se vuelcan la vida del alma y el corazón de la vida a través de todos los colores —verdes, oriazules, grises, cadmios, rojíndigos...— en tentadora y dionisiaca ofrenda. Un fino aire peina y despeina indolentemente contra los cómaros las cimas de los flexibles pinares, que vierten su llanto de resina y miel entre el arrullo de las ocultas tórtolas; hacia el monte son los robles célticos, gratos a Zeus; abajo, orlando el crisoberilo de los prados, son las viñas con la lujuria de sus pámpanas; más allá, los nobles castaños con la armonía de su copa y su sombra silente, tan amada en el estío; luego, y por todas partes, los maizales presentándose con nubes y pólenes, viñas, regatos, robles y prados, como maravillosa guirnalda. Los maizales que el grande y hazañoso don Ramón María del Valle Inclán cantó desde las luminosas tierras del Salnés:

¡Tierra de maizales húmedos y sonoros
donde cantan del viento los invisibles coros!

Las correidoiras se sumen entre la lujuriente serenidad del paisaje; canta su canción de plata el agua que mueve la vieja piedra de los molinos eternos; suena, como otra plata, en el aire líquido el tañido de una campana que pone una infinita saudade sobre el alma; comienzan a encenderse, obedientes a la suprema farolería, pitagóricas y exactas, las primeras estrellas. Huele a pinocha, a hierba, a magnolia, a mujer y a eternidad. Enfrente es altiva, bella y orquestada, la voz onusta del gran mar.

CON EL ULLA HASTA LA AROSA

Desde el valle del Ulla, esmaltado de “pazos”, cipreses y magnolios, que es una tierra en estado de gracia, el hermosísimo y sonoro río que le da su nombre se aproxima, por Padrón, Pontecesures y Catoira, tras regar tierras de promisión, al Atlántico, donde se vierte, empapado de salmones, vacas y pinares, con la lentitud de un dios antiguo y perezoso. En Pontecesures empieza a sentir la poderosa llamada del mar, con la caricia de las mareas. Los carriles del tren siguen paralelos a la delicia rutilante del río, volado de aves marinas, hasta su desembocadura.

La mirada se pierde en la maravilla del río y del paisaje, suaves como un óleo, hasta tropezar frente a Catoira con los restos —hoy restaurados por el Patrimonio Artístico Nacional— de las en otro tiempo “Torres del Oeste”, oteadoras de wikingos. Esta arquitectura militar entre la mansedumbre del verde paistaje cantado por la voz inmortal de Rosalía, que en él amó y sufrió tanto,

trae al visitante el recuerdo de las antiguas y desoladoras algaras. De los tiempos en que los normandos subían a velas desplegadas por la ría de Arosa para enfilarse luego con las proas endragonadas de sus "drakans" y "senekars" la maravilla del Ulla, de donde avanzaban a sangre y fuego.

Por entre la sensualidad de la campiña padronesa penetraba —ululante amenaza— el bruante son del cuerno de marfil wikingo para marcar con estela de ruinas y humaredas su terrible paso. Los grandes y rubios depredadores del norte se las tenían con obispos y reyes. Sisnando, obispo de Iria y Compostela a finales del x, cae muerto en lucha atravesado por dura saeta: "sagitta percussus", en palabras de hierro de las crónicas.

San Rosendo, Ramiro y Alfonso V saben bien de estas aflicciones. En el reinado de este último, el terrible Olaf —que más tarde había de finar su existencia en ingenua santidad de leyenda áurea— arrasa, depreda, viola y quema todo el NW. "A furore normannorum libera nos Domine", rezan monjes y gentes sollozantes ante los altares quebrados. "Venerunt Normannorum", "Venerunt gentes leodomanes", repiten con aflicción las crónicas. Por ello Diego Gelmírez, el gran arzobispo compostelano nacido posiblemente en una de las torres del Oeste de las que su padre era gobernador, se afana, previsor, en una tercera tarea de naves y calafates, que puedan detener tanto al rubio hereje asolador como al moro que sienta la tentación del piélago. A su retorno de Roma, donde Pascual II le otorga la dignidad del Palio Arzobispal, trae consigo diestros constructores de naos, maestros carpinteros de ribera escogidos en el tráfico mareante de los astilleros genoveses, marcando firmemente en el 1124 el nacimiento de la futura Marina de Guerra Española, a tiempo que detiene la pesadilla del terrible leodomán invasor.

Pero el gran río, el hermosísimo Ulla, ya sin normandos, se ha entregado al abrazo nupcial de la mar, para que Carril y Villagarcía de Arosa, olorosa a fresca madera de pino, que embalsama desde las serrerías el aire, lo celebren:

Villagarcía de Arosa
bien te puedes alabar,
¡Santiago, con ser Santiago,
no tiene puerto de mar!

Porque como las mareas no llegaron con su viento mareiro hasta los pies del "Patrón" en Compostela y la estupenda fachada del Obradoiro no puede reflejar su pompa en el espejo de las ondas —¡qué hermosas cantigas hubieran escrito nuestros grandes poetas medievales del mar, Payo Gómez Chariño, Pedro Meogo, Torneol, Martín Codax..., si tal hubiera sucedido—, Santiago tuvo que hacerse un puerto, que es Villagarcía de Arosa.

Villagarcía, gran puerto, marinera e industrial, con la isla de Cortegada, apretada de pinares, enfrente, tiene en torno bellos pazos, como el espléndido de Rubianes, con raro título de señorío, los del Rial y la Gorpelleira. Sobre las piedras del monte Lobeira un viejo castillo recuerda las luchas de la voluble reina Urraca —madre del futuro emperador Alfonso VII, “per cui es el occidens”— con el gran Gelmírez, mientras la ría de Arosa se extiende magnífica con las villas marineras de enfrente: Rianxo, Boiro, Palmeira, La Puebla, Santa Uxía de Ribeira... Rianxo fue cuna de Payo Gómez Chariño, Adelantado Mayor de Galicia, tan gran poeta como almirante. El que, bajo Fernando III el Santo, tomó por agua Sevilla “siendo de moros” y que tan triste muerte tuvo tierras adentro, acuchillado a traición por Rui Pérez Tenorio, cuando en Ciudad Rodrigo conversaba con los infantes don Juan y don Pedro. El almirante, que en una de sus cantigas llama a Santiago con el hermoso nombre de “Patrón Sabido”, compara al rey de Castilla y de León con el mar:

De quantas cousas en o mundo son
non vexo eu ben qual pode semellar
al Rei de Castela e de León
se non unha qual vos direi: o mar.

Aún parecen resonar, sobre las ondas de la Arena que tanto quiso, sus versos:

As frores do meu amigo
briosas van no navyo.
E van-se as frores
d'aquí bem con meus amores...

Ya hacia el final de la Ría de Arosa está, condecorada de espumas y sobrevalada de cormoranes, la isla de Sálvora, donde alzan frente al mar, en hermoso vuelo barroco, el faisán dorado y la roja perdiz. En Sálvora, siguiendo a antiguos genealogistas, sitúa aquel curioso y célebre enano del xvi que fue magistral de la Catedral de Mondoñedo, que era malagueño de nación y que se llamó el licenciado Molina, una de las más extraordinarias genealogías que se conocen; la de los Mariños de Lobeira. Dice así en su “Descripción del Reyno de Galicia”: “Los Mariños quieren algunos decir que vienen de una mujer criada en las aguas del mar, que era de hermoso rostro, y que un hidalgo de este reino la ovo en su poder hasta que quitadas las escamas que como pesca traía ovo de ella generación... Estos Mariños llámense así por haber venido por la mar. Traen por armas unas ondas azules.” Precisamente un descendiente de estos Mariños de Lobeira, Joaquín Otero Goyanes, Marqués de Revilla, que tiene en su antigua casa de Santa Eugenia el escudo con la sirena y las ondas azules, es propietario de la atlántica isla de Sálvora, donde el fabuloso hidalgo “ovo generación” de la hermosa sirena.

CAMBADOS, LA TOJA, LA LANZADA...

De Villagarcía a Cambados es corto el trayecto, y se hace más corto todavía por la hermosura del paisaje circundante. Cruzamos ya por tierras de Salnés, inmortalizadas por Don Ramón del Valle Inclán en estupenda prosa y verso:

¡Alma que encantada
Fuiste en tu alborada
Por entre la mies,
Doliente alma mía,
Vuelve en romería
Tierras de Salnés!

Es una noble y antigua tierra, como la del Ulla, regada perezosamente por el Umia, en cuyos maravillosos meandros se ensueña, como Narciso, el milagro del paisaje.

Cara al Atlántico donde el Umia se muere de amor, está Cambados, villa perfecta para la perfecta tierra de Salnés. Cambados, palaciano y gentil, contempla con sus "pazos" blasonados las indescriptibles puestas de sol, que son aquí dadas, para perpetuo asombro del visitante, mejor que en ningún otro punto de la Arosa. Estrabón, en el segundo libro de su Geografía, menciona ya con asombro los "solpores" del padre sol en este Atlántico. El mismo sol que al hundirse chisporroteante como una gran brasa en el límite, llenó de "religioso terror", siglo y medio antes de Cristo, a las legiones de Decio Junio Bruto, que creyeron hallarse ante el tártaro, en la antesala de la muerte, según nos revela la latina prosa de Valerio Patérculo. La verdad es que la antigua villa de Cambados es un regalo espléndido para la vista, y para el trato, cortés y hospitalario, al visitante. El palacio de Fefiñanes—antiguo palacio de los Condes— es impresionante con su gran amplitud, sus bellos balcones esquinados, desde los que se domina una bella panorámica de montaña y de mar, sus salones, su puente sobre la gran plaza y su bella iglesia.

Otros, como el de Montesacro y Figueroa, parecen dormir, ensoñados sobre el cabrilleante reflejo de la ría, mientras algunos se lanzan fuera de la villa, como el de los Zarate en Padrenda, o el de Barrantes, de gran portada, sumido entre los grandes viejos árboles. Cambados está lleno de recuerdos y añoranzas que incitan y afinan el espíritu como una droga sutil y extraña. Próxima se encuentra la torre de San Saturnino, que, como su hermana de La Lanzada, supo de los riesgos y asaltos de los vikingos, bebedores de océano, que llegaban ululantes por el "prado de la gaviota", como en las viejas sagas llaman al Atlántico. Esta torre era alertada de la proximidad del temible normando por los fuegos de su hermana de La Lanzada, para que, a su vez, fuese transmitido el mensaje a las de Villanueva de Arosa y las legendarias del Oeste, avanzadas de Compostela en la desembocadura del Ulla, a las que ya hicimos referencia. Pero la de San Saturnino tiene también

otros recuerdos. En ella don Payo Gómez de Sotomayor, el que fue en célebre embajada bajo Enrique III el Doliente o de las Mercedes al Gran Tamerlán, el "Gran Tambureque" de las crónicas gallegas, encerró a Doña María, bella princesa húngara o griega, que el fabuloso Tamerlán enviara, con otras cautivas, como regalo al rey de Castilla. En el camino don Payo Gómez la enamoró, en la fontana de Xódar, como recuerda el cantar del romance:

En la fontana de Xódar
ví a la niña de ojos bellos...

El rey, enojado, lo obligó a casamiento con la hermosa, a la que el cruel don Payo abandonó tras la muerte del monarca, matrimoniando de nuevo con una hermana del arzobispo compostelano Mendoza. La hija, fruto de sus amores con doña María, para algunos, sobrina incluso del "Tambureque", casó a su vez con don Martín Rodríguez de Xunqueiras, de la Puebla del Caramiñal. La misma torre parece destinada a albergar amores trágicos, ya que otra bella fue, antes, abandonada, tras la única noche de su matrimonio: Doña Juana de Castro, breve esposa de don Pedro el Cruel.

Hay otros muchos casos y cosas en Cambados, como la iglesia de la mártir gallega Santa Marina, que eleva al aire cambadés, sobre primitiva capilla del XII restaurada en el XV, la impresionante hermosura de su sola nave desarbolada, orquestada poderosamente por el viento atlántico. Recuerda, con sus magníficos arcos transversales románicos, la alucinación de un fantástico barco naufragado. En la gran nave, hermosa y desolada, sonarían bien las estrofas de Shelley al salvaje viento del Oeste:

O Wild West Wind, thou breath of autumn's being...

Cerca de Cambados, siguiendo la carretera de Barrantes, se encuentra el famoso Monasterio de Armenteira, con su románica portada, su bello templo y su magnífico rosetón de estrellas circulares. Va ligado a la encantadora leyenda del pajarrillo cantor: El caballero Ero, penitente en el Castrove, funda el monasterio en 1150. Ensoñado por el delicioso canto de una avecilla, queda en éxtasis hasta 1366, en que despierta y vuelve del bosque al monasterio, donde sólo reconoce el tañido de las campanas y donde, un año después, termina humildemente sus días en olor de santidad. Los viejos documentos identifican históricamente a San Ero con el fundador don Pedro de Armendáriz, que fue guerrero en el siglo antes que monje penitente. Armenteira, en estado ruinoso, va a ser ahora inteligentemente restaurado, tras los esfuerzos de la liga de Amigos de Armenteira, creada en Pontevedra para tan noble afán.

Quisiéramos rogar al amigo visitante en Cambados que, a ser posible, coincidiera con una áurea fecha de la noble villa. A final de agosto, en la festividad de

La Pastora, está de fiesta el vino Albariño, del que tengo el honor de ser su cronista oficial. Este delicado e impar vino, hermano de los dorados del Rhin y del Mosela por haber traído de allí las cepas los monjes benitos de Cluny, en el XII, en tiempos de Gelmírez, se presenta ese domingo a concurso, en el que se otorgan codiciados premios. La cortesía tradicional de los cambadeses hace gratisimo este singular concurso, que se prolonga, tras las catas, "prima" y postrera" de donde ha de salir el campeón, en un almuerzo sin prisas, en el amplio parque del Pazo de Figueroa —hoy adquirido por el Estado como parador de Turismo— bajo los altos árboles y el aroma de las magnolias. Allí será leída el acta notarial que descubre el secreto de los ganadores, mientras se saborean unas "vieiras" perfectas y otros muchos tesoros gastronómicos, que tan celosamente guarda Cambados.

El delicioso vino desata las lenguas y alegra los corazones, como quería el salmista. Ramón Cabanillas, el gran bardo de Cambados y de Galicia entera, fuerza "cthónica" de la tierra, supo cantarlo así:

¡Os rebrilos doirados do Albariño
saltarán e algareiro,
que borracho de luz e de alegría
todo o ouro do sol ten prisioneiro!

Las horas se pasan sin sentir. Suena la gaita y las bellas rapazas de Cambados inician sus maravillosos bailes con los pies descalzos, como el inolvidable del "Virapé". Parece resonar en un fino aire los versos del otro gran don Ramón:

Trenzado en el aire
con púgil donaire
los ágiles pies,
mozas con panderos
van por los senderos
verdes de Salnés...

El tiempo parece haberse detenido y una gran paz nos invade.

POR LA TOJA Y LA LANZADA A PONTEVEDRA

Diciendo con pena adiós a Cambados, vamos, camino adelante, entre el rumor alterno de los pinares y del mar, hacia La Toja. El mar de La Lanzada con su amplio y bruante son, desvelado a veces cual "requiem" inmisericorde, nos acompaña como una gran caracola resonante. La Lanzada, con sus singulares sepulturas antropoides y sus ocho kilómetros de blanca y musical arena, se nos presenta aluci-

nante como una pagana tentación. Sobre las dunas es la antigua ermita de Nuestra Señora, que preside, en esta matriarcal tierra gallega, el remedio ancestral de las nueve olas nocturnas de agosto, para fecundidad de mozas estériles:

A que non cría, non ten alegría...

Ante los restos de la vieja torre alzada contra normandos, el mar se orquesta en suprema sonata wagneriana, como coral majestuosa. En este mar están las islas —Ons, Cíes— de la antigua ruta del estaño. Las primeras “Kassiterides” famosas, tan procuradas por mareantes fenicios y griegos, que en la primera y segunda Edad del Bronce fueron algo así como los wolframistas de nuestra supersónica época. Unos wolframistas sin “haigas”, televisión, ni aviones: lo recuerdan el masaliota Phyteas, Ptolomeo, Estrabón, Plinio, Pomponio Mela y Rufo Festo Avieno, que en su célebre “Ora Marítima” tan impresionantemente delinea el paisaje, con las islas “ricas en metales de estaño y plomo y el mar tenebroso y temible con sus abismos llenos de monstruos”, que los “oestrymnios”, nuestros lejanos abuelos, cruzaban con sus barcos de cuero y caña, hasta llegar a la verde tierra de los hibernos...

Es bellamente alucinante el amplio mar abierto de La Lanzada, con el guiño de las islas —barcos de piedra anclados en el límite, como canes fieles vigilando el ensueño de las rías— entre ponientes de incomparable belleza.

Entre tanto recuerdo y hermosura llega el viaje a La Toja, universalmente conocida, cuya redonda fama se debe a un burro. Hace muchos años que un asno, lleno de mataduras y tribulaciones de toda clase, fue dejado por imposible en la breve isla, desierta entonces. El rucio, no teniendo otra perspectiva mejor, procedió a revolcarse entre aquellos lejanos lodos de La Toja, siendo encontrado a los pocos días muy rozagante y de hermosura pelambre. De entonces, y siguiendo el ejemplo del burro descubridor, las gentes procuraron igual alivio que el asno para sus pieles, naciendo la fama de La Toja hasta su transformación en el gran balneario que hoy es. La isla, unida ya con puente al Grove —lugar este de estupendos mariscos— fue creciendo en loores. Desde el sabio Ramón y Cajal, hasta la condesa de Pardo Bazán y el gran polígrafo gallego contemporáneo Otero Pedrayo. Lo cierto es que, aparte sus grandes virtudes curativas como estación balnearia, resulta un espléndido lugar de reposo, entre pinares en el regazo de la Arosa y el rumor cercano y orquestado de la enorme playa de La Lanzada.

Siguiendo mar y costa adelante por buena carretera llega el viajero amigo a Sanxenxo, hoy también internacional, con estupenda limpia playa, Club Náutico y otras muchas cosas, entre las que no es la menor el hallarse emplazado en estratégico lugar marineramente para la pesca deportiva de altura.

En torno a Sanxenxo, y hacia Pontevedra, hay poblados evocadores, sumergidos en la bella hondura —limoneros, maíces, viñas, pinares— del paisaje: Noalla;

Villalonga —que supo por larga experiencia del zarpazo del pirata turco—; Gondar, tan sonado en la alta prosa de las “Comedias Bárbaras” valleinclanescas; Portonovo, el antiguo señorío de don Payo Gómez de Sotomayor, el embajador de Enrique III al Gran Tamerlán; Nantes, como el bretón; Lores; Freixeiro; Rajó y Santa María de Samieira, con su magnífico mirador al Atlántico. En fin... Combarro, con sus pinas calles, sus hórreos y sus viejas evocadoras casas marineras, lleno todo él de un singular encanto, ante el cual la detención es obligatoria, y Poyo con su gran Monasterio. La vieja abadía que alborea en la monarquía visigótica, de San Martín Dumiense y San Fructuoso de Braga, es en el XII fuerte cenobio benedictino, pasando, tras la desamortización de Mendizábal, a ser lugar de retiro y estudio de Mercedarios. El convento actual, de gemelas torres, es del XVI y muy bello. Hoy guarda, con el sepulcro ligado al nombre de Trahamunda, la deliciosa y fabulosa Santa de la saudade gallega, una biblioteca maravillosa también de temas gallegos, donación del ilustre poeta y polígrafo contemporáneo Antonio Rey Soto. Si el visitante pasa por Poyo en sábado, nos decidimos a rogarle que no deje de oír en la iglesia del Monasterio la célebre Salve vespertina en honor de Nuestra Señora y en la que la adiestrada voz de los novicios parece, por veces, quebrarse de puro sutil.

PONTEVEDRA

¿La ciudad museo, o el Museo de la Ciudad? Yo no lo sé. Preguntádselo al Lérez, que se derrama, desde la hermosa lujuria de sus “salones”, como un óleo en torno a las viejas piedras de la noble ciudad o a las antiguas plazas ensoñadas, o a la Divina Peregrina que dardea cielos irreprochables, que ¡ay! ¡ay!, para mi entusiasmo compostelano, enamorado de años de Pontevedra, no huelen hoy precisamente a rosas. Dicen que es el nuevo tributo de las cien doncellas, que hay que pagar ahora en nombre de eso que llaman progreso. Dicen... Pero, ¡meigas fora!, que los olores incompatibles con tanta belleza algún día tendrán que irse, aunque quede la industria, para no volver más a esta íntima y bella urbe, fruto de las nupcias del Lérez con el mar. Ando por ella despaciosamente y no sé cuando entro en el museo y cuando salgo a la ciudad. Toda una divina proporción y un grato sosiego se conjugan felizmente, como canción de cuna, para dichosamente confundirse en la serenidad de la bella Helenes. Cierto: el Museo de Pontevedra es un “Museo vivo”. Un fiel compendio de la ciudad; con sus cuadros, sus tesoros, sus hidalgas salas de “Pazo” o su cocina gallega. Con su feliz intimidad en una palabra —reflejo fiel de la feliz intimidad pontevedresa— que lo diferencia de tantos museos desangelados, en los que se juntan tristemente las vírgenes, en cuyos ojos se refleja el dorado paraíso de Fra Angélico, con los monstruos y los borrachos; los museos, clavados en el recuerdo con la seca brevedad de un epitafio técnico. Mas aquí, el Museo, como río que buscase la mar, se prolonga, se vierte por “a boa vila” adelante. ¿Quién le pone puertas al campo...?

¿Nadie es capaz de decir dónde está la llave del Museo...? ¿La guardan los antiguos mareantes en la poderosa y bellísima arquitectura de Santa María la Mayor, añorando los buenos tiempos en que Pontevedra era puerto traficante, cuando el viento mareiro atirantaba las lonas, empujando los navíos a los ronseles del límite? ¿Está bajo una losa de las viejas plazas de la Hierba o del Teucro, donde las niñas cogidas de la mano cantan aún canciones rubias a la luna lunera? ¿La esconderá en su sueño de piedra, don Paya Gómez Chariño, señor de Rianxo, el que supo llamar a Santiago "Patrón Sabido", el que ganó a Sevilla "siendo de moros", el que cantó las flores, el mar, los amores, los navíos...?

También nosotros vamos enamorados por la ciudad, Museo adelante, entre "flores" y magnolias, que nos llenan con su aroma carnal. Enfrente el mismo mar de don Payo. El mismo hermoso mar que vio Góngora, en el que se mojan dulcemente los laureles de la tierra de Pontevedra y que él también canta en verso de seda:

«... Coronado
de blancas ovas y de espuma verde.»

Sí. Todo esto y mucho más cabe decir en requiebro a la bella y reposada Pontevedra, a la que todo viajero sensible ha de pedir que le libre Dios de la tentación del gigantismo, a la que tantas nobles ciudades han sucumbido en nuestros atropellados días, haciéndose —entre desangelados "buldings" y cemento uniforme— el más trágico de los "harakiris". Porque Pontevedra, como alguien ha sabido decir, no es una gran ciudad —¡ni maldita la falta que le hace!—, sino una "villa espiritual". Una bella ciudad de reposo, de las que hoy tanto necesitamos para sosiego y reparación de los nervios rotos, por el loco pulso, atropellado y ruidoso, del tiempo. El no comprenderlo así sería ir contra lo mejor y más entrañable de Pontevedra. Contra su verdadero tesoro, que es el tranquilo y dulce discurrir por sus plazas balconadas y sus iglesias hermosas —Santa María, San Francisco, La Peregrina—, por su Alameda envuelta en dorada luz como un viejo fondo de Patinar, por sus... pero el espacio se acaba. Id cualquier bella tarde a cualquier noche de luna a esa maravilla que se llama Santo Domingo, bajo los arcos y la cabecera de altos ábsides rasgados por impresionantes ventanas ojivales, restos del antiguo templo: Allí se alberga el Museo Arqueológico —epigrafías romanas y prehistóricas, capiteles románicos, altivas heráldicas feudales—, pero allí hay algo más que no puede ser fácilmente descrito. Entre la fina hiedra que condecora el conjunto, bajo la luz tamizada por su bello rosetón de encaje vuela acariciante la saudade y parece ascender, como lenta cauda, la mejor elegía poética. Claro está que para ver todo esto no hay que ir con prisa —ese demonio del siglo— a Pontevedra, que, por otra parte, proporciona al visitante para que éste gustosamente se demore, recordando el antiguo "otium cum dignitate", la confortabilidad de un bello Parador de Turismo sin ruidos ciudadanos, alzado con la misma noble piedra que prestigia las edificaciones de la noble ciudad.

Si el visitante tiene ganas de estirar las piernas y darse un paseo por el hermoso paisaje de Pontevedra, que sube hasta el antiguo monasterio de San Benito de Lérez —hoy parroquia— ligado a los nombres de los PP. Sarmiento y Feijoo, legítimo orgullo benedictino del siglo XVIII gallego, que allí hicieron estudios. El San Benitiño de Lérez, que anda en coplas por culpa de su célebre romería, se mira en el río de su nombre, con sus meandros y sus encantadores “salones”, entre la mar y los montes. En feliz olvido de espacio y tiempo, el caminante que cruce la gloria del paisaje pontevedrés, verá conjugarse, a través de fina y verde luminosidad atlántica, limoneros, huertos, jardines, hórreos... Qué delicia.

EL VIAJE AL MORRAZO

Entre los varios caminos que tientan al viajero cuando no sin trabajo tenga que despedirse de Pontevedra, cojamos ahora el que por Marín nos lleva a la Península de Morrazo, una de las puntas terminales, ante el gran mar, de la Galicia atlántica. La carretera, tras Los Placeres y el bien arbolado Lourizán, gran finca que fue del viejo y astuto político don Eugenio Montes Ríos, hoy espléndida granja agronómica de la Diputación pontevedresa con escuela de capataces forestales, el viajero llegará a Marín por Éstribela.

Marín en donde tuvo *Tedeum* solemne, al arribar en 1828 el célebre Benito Soto —el singular pirata pontevedrés de la Moureira, el último cruel y gran corsario europeo ahorcado a los veinticinco años de edad por los ingleses en Gibraltar, una madrugada del enero de 1830, y después hecho cuartos— se encuentra hoy particularmente ligado al mar, aparte, de su gran puerto pesquero, por la equilibrada y bella Escuela Naval Militar, con sus jardines, campos de deporte y polígono de tiro, cuya inauguración en 1943 fue sonada en la vieja villa marinera y agrícola, aromada por sus “laranxeles”, que también andan en coplas:

Xa fun a Marín
Xa pasei o mar
Xa collín laranxas
Do teu laranxal

Frente a la Escuela Naval, un islote que dormita en la ría como un quelonio, mereció también versos, esta vez de un poeta de ringorrango, Góngora, que conoció estos mares. Dice así de Tambo, en su Soledad Segunda:

Yace en el mar, si no continuada
isla, mal de la tierra dividida,
cuya forma es tortuga perezosa:
díganlo cuantos siglos ha que nada
sin besar de la playa espaciosa
la arena, de las ondas repetida.

De Marín hay una carretera que, a la izquierda, trepa hasta la extensa repoblación forestal de Coto Redondo, por entre cuya espesura cruza soturno el lobo mientras relinchan, galopantes sobre los cotarelos, los potros con las crines despeinadas por el viento atlántico. Desde cualquiera de sus miradores naturales o del amplio de seis pisos allí construído, la pupila del viajero no se hartará, deslumbrada, de contemplar el grandioso panorama en torno. El océano forestal, a los pies del visitante, se riza y ondula con el breve viento, como si quisiera competir con el otro océano que, verdiazul y blanco de gaviotas, se extiende a derecha e izquierda. Enfrente, tras la fraga, es el amplio valle, bellissimo, que muere en la marinera villa de Moaña, que ríe con el enorme labio abierto de su playa. A la derecha la ría de Pontevedra serena como una diosa, con sus islas, sus barcos y sus nubes, abrazándose en el mar abierto con la bella arosana. A la izquierda el mar de Vigo, que cantó Martín Codax, se presenta, también sereno y matizado, en una colorida "suite" de maravilla. En medio de los cristales intactos de la ría, sobrevolada en invierno por millares de patos —silbones, reales, rabudos...— que arriban boreales desde las lejanas ortodrómicas, de los fiordos, de los lagos color de ámbar o de la mítica Thule, se mira coqueta la isla de San Simón. Tan plácida en su reflejo tranquilo, que nos resulta difícil el comprender la angustia de la enamorada, que canta aquel extraordinario, humilde y casi desconocido juglar del siglo XII, que fue Mendiño:

Sedíame eu na ermida de San Simón
e cercáronme as ondas, que grandes son
¡en atendendo meu amigo!
Non hei barqueiro nen sei si remar;
morrerei fermosa no alto mar
¡en atendendo o meu amigo!...

Ya que incluso muchas veces, a la luz del solsticio invernal, Enero rompe las escarchas y derrama pródigo en torno a San Simón unos azules purísimos que casi hacen llorar de alegría. En esa inmensa lámina que recoge fielmente los reflejos del espectro, pudiera haber nacido, si no hiciese tanto frío, en una hora así Anphitrite y la breve espuma que se alza entre el gran silencio, sólo roto por el vuelo a vela de las aves marinas, ser su anunciación. Nos parece mentira que sea este el mismo mar, ladrón de vidas, que tantas veces riza las galernas ocultas, que se llevan a los mejores mozos entre la carcajada céltica de la noche, tres cuartas al Noroeste. Manuel Antonio, nuestro gran poeta navegante, tan tempranamente ido, que desde su Rianxo natal vio tantas ronseles y descubiertas, lo relataba en su pequeño gran libro "De Catro a Catro", mientras los faros desesperados agotan desde los cantiles un stock de S-O-S:

Xe che levaran os ollos
relingadores de lonxanías
e pescadores de profundidades

Xa che levaran a voz
asolada n-a furna xiróvaga
por onde escoan as tempestades

.....
O vento aínda escoraba
c'as poutas d'escuma
n-a xerfa
mais cadaleitos

Pero ahora no; olvida la memoria del hombre por ser tanta la serenidad...

En otros momentos de calma, es el gris que desciende suavemente hasta llenar el alma de una gran nostalgia. Ibseniano, familiar, íntimo y nórdico, desdibuja y aterciopela al difumino los árboles, la tierra y el mar, con el recuerdo de las viejas pipas de espuma y las teteras que ronronean en las adorables viejas casas de madera, contra los viejos basaltos amados por las cercetas y las ocas salvajes del Sojne Fjord. Si es la primavera, entre un aire de pólenes, lirios y nidos en agraz, el monte se incendia todo, en un amarillo maravilloso, con el oro de la flor del tojo, que Noriega Varela, alto poeta de la montaña, supo cantar así:

¡Nin rosiñas brancas, nin claveles roxos!
Eu venero as froliñas d'os toxos
¡Oh d'o yerm'o preciado tesouro!
as froliñas d'os toxos son d'ouro.

Todo este grandioso conjunto, en cuyo centro existe un pequeño bello lago que es repoblación de salmónidos, está cruzado por diversas carreteras forestales, una de las cuales llega muy cerca del Faro de Domayo, que es, con sus seiscientos metros largos, la mayor altura de esta impresionante península de Morrazo.

Bajando de nuevo a Marín seguimos bordeando la gloria de la ría de Pontevedra por Aldán y Loira. El viajero contemplará playas maravillosamente recatadas, como la de Lapamán, cuya arena parece llorar musicales melodías crotálicas al ser pisada y donde laureles helénicos bajan a mojarse en la onda, que se muere de amor abrazando los bordes. Frente a Lapamán, el breve islote del Santo nos trae de nuevo el recuerdo de la lejana Trahamunda, la Santa de la saudade, a la que hicimos referencia al hablar del Monasterio de Poyo. Esta Santa, prisionera juvenil de los moros en Córdoba, fue traída en vida —como los fabulosos santos irlandeses— en una barca de piedra hasta la isla, con palmas en las manos y entre alegre algarabía de campanas. Era en la amanecida, aromada de frescas hierbas, del glorioso San Juan.

Más blancas playas, Agrelo, Portomayor, y, en una vuelta de carretera, Bueu, con sus blancas casas y sus fábricas de conserva. La villa, marinera y agrícola como tantas otras de este litoral, tiene también como algunas cercanas —Hío, Hermelo— posible desinencia helénica. Pero Bueu encierra algo muy importante:

un estupendo Museo Marinero, el mejor, indiscutiblemente, de los particulares en España, reunido paciente e inteligentemente por los hermanos Massó, cuyo nombre se une a Galicia a la primera industria conservera. Este bello ejemplar e interesantísimo Museo, guarda numerosos objetos relacionados con la navegación y el mar; cartas de navegación de ilustres marinos españoles, magníficas reproducciones de barcos, mapas, y preciados recuerdos de Isaac Peral o "La Nautilus". Su biblioteca encierra, entre otras muchas cosas, veinte magníficos incunables, entre los que citaremos el "Speculum Historiale" (Nurenberg. A. Koberger 1438).

Bueu se une a Cangas de Morrazo por 7 kilómetros de carretera. Antes del alto de la Portela, un ramal a la izquierda asciende a Santiago de Hermelo, con sus blancas casas entre "xestales" y robledas que puebla la sabrosísima arcea en la invernada. Desde la "Esculca" de Hermelo se puede contemplar otra maravillosa panorámica de la ría; como desde Cela, que ofrece su finísimo vino de aguja para los excelentes mariscos y peces de este mar, así como para el loado pulpo de Ons. Otro mirador natural extraordinario es el del "Leboreiro", en el monte frontero.

De Bueu a Cangas puede irse a través de otra carretera deliciosa de 20 kilómetros: Por Beluso, Aldán —con su bello pazo de los Aldao— e Hío, con su célebre cruceo adornado. Playas intactas como las de Menguíña, y las magníficas de Limens y Barra; más oros, más verdes, más azules, y desde Hío por otro ramal, Donón, punta extrema de Morrazo, otro grandioso mirador frente a las Cíes y el Atlántico. Toda esta antigua tierra guarda, a mayores, sepulturas antropoides e interesantísimos recuerdos arqueológicos. Señalemos, para la sed del viajero, que también Donón, como Nerga, Pinténs e Hío, atesoran excelentes vinos albariños y tintos.

Después de Santa María de Darbo, con romería famosa el 8 de septiembre, está Cangas, afaenada siempre con las redes y los barcos de su extensa flota. Con hermosas playas y amplia y bella Colegiata, la vieja villa parece estremecerse todavía con el recuerdo del terrible saqueo y pillaje a que fue sometida por los piratas turcos y argelinos en la mañana del 4 de diciembre de 1617. Pese a la enconada y heroica defensa de milicia, hidalguía y populares, la villa fue pasto de las llamas y, tras la matanza, se llevaron más de 200 prisioneros, escogiéndose cuidadosamente a las más bellas mozas. De entonces data la gran devoción al Cristo del Consuelo, que, en el incendio de la Colegiata "non quiso arder", y el posterior famoso proceso de las brujas ligado a la cercana iglesia parroquial, de hermoso y raro estilo colonial, de San Salvador de Coiro, cuya campana "tocaba sola" para los arqueros de las meigas en la playa "d'as areas gordas". Cangas es hoy una alegre villa hospitalaria, bien visitada con razón por veraneantes nacionales y extranjeros.

Desde Cangas a la general de Pontevedra a Vigo la carretera cruza por Tirán, Moaña, cuna de Méndez Núñez, con muy buenas y seguras playas; Meira, San Benito de Domayo, Santa Cristina de Cobres y Vilaboa. Es una panorámica también espléndida, hasta donde el mar termina, como si se discurriera por un maravilloso lago. Enfrente, unido con Cangas y Moaña, por rápidos vapores de pasaje que surcan continuamente la admirable ría de los Cancioneros, el trepidante y gran Vigo.

Los veintitantos kilómetros desde Cangas le habrán parecido muy pocos al viajero amigo. Poco después de Vilaboa estará ya aquél en la general, que va por Pontesampayo, en la desembocadura del Verdugo, donde tuvo lugar la sonada batalla contra los franceses del mariscal Ney, en julio de 1809, en la que los patriotas emplearon el célebre "cañón de pau", derrotando a los franceses y motivando su salida de Galicia; Arcade, con sus ostras, y Redondela, con sus grandes hórreos y sus viaductos, estremecidos de trenes, popular en sus grandes fiestas del Corpus: la singular "Coca".

Desde Arcarde o Redondela se llega al amurallado castillo de Sotomayor, el feudal mejor conservado. Rodeado de fuerte bosque, el gran castillo nos evoca la legendaria figura de don Pedro Alvarez de Sotomayor, conde de Camiña. "Pedro Madruga" en el temor y la admiración populares. Fue uno de los mayores feudales gallegos del xv, terror de abades y obispos —al de Tuy, don Diego de Muros, lo sacó preso por la barba trayéndole en una mula "de val en val y de fortaleza en fortaleza", según nos informa Vasco de Aponte en su "Relación de Casas y Linajes del Reino de Galicia"—, que aún hoy anda en coplas; azote de "hermandinos" y nobles. Señor de villas y ciudades, temerario hasta lo increíble, infatigable, astuto, generoso y cruel a un tiempo, como un César Borgia, aún parece resonar su sarcástica risa desde la altiva torre del homenaje, o entre las piedras del patio de armas del castillo:

Viva la palma,
Viva la palma,
Viva la flor.
Viva Don Pedro,
Don Pedro Madruga,
De Sotomayor.

Tras Redondela, Rande, evocador también para el viajero del suceso histórico que fue la célebre batalla entre la flota franco española y la angloholandesa, en septiembre de 1702, cuando la guerra de Sucesión. Aún hoy se sigue "buscando" el tesoro que los galeones hundidos portaban de Indias. La isla de San Simón nos sigue acompañando fielmente en el viaje por la ría, que ciñe la carretera y el tren, recordándonos que su ensueño se vio turbado, entre otras desventuras, por piratas sarracenos que arrasaron su antiguo cenobio monástico, y por Drake, que

incendió el posterior convento de franciscanos, tocándole luego el turno a los benedictinos de Poyo. Rememorando estas casas nos encontramos de pronto en Vigo.

VIGO

Quantas sabedes amar amigo
¿Treides comigo a la mar de Vigo
e bañarnos hemos nas ondas?

MARTÍN CODAX. (S. XIII)

Muchas veces hemos pensado, ante Vigo, en la realidad de aquel verso de Baudelaire:

... La forme d'une ville
change plus vite, hélas que le coeur d' un mortel

Porque si algo ha cambiado, ¡y a qué velocidad!, es el Vigo trepidante de hoy, que, hace bastante menos de un siglo, era una pequeña ciudad tranquila, con veleros y marinos de sotabarba, ensoñada en el espejo de su ría, "la más bella cosa que tiene el reyno de España", en opinión tajante del gran Jovellanos, poco romántico por otra parte. Sin embargo, una fuerza latente se anunciaba ya, para cualquier oído medianamente agudo, en aquel Vigo decimonónico y burgués que comenzaba a britanizarse. Ya con América, ese inmenso continente cuyo contenido sigue siendo aún hoy un arcano, barcos mixtos de vapor y vela galgaban las olas. Como aquel "Tamar" de la Mala, de 3.000 toneladas, que anunciaba su partida un 4 de diciembre de 1878, indicando que por 1.075 reales de vellón (150 pesetas de hoy), que valía el pasaje, se daban, con éste, "cama con ropa limpia, pan fresco y vino en todas las comidas, bien condimentado y servido por personal español tomado en Vigo". Lo que hoy cuesta un breve aperitivo, sin muchos mariscos.

Lo cierto es que el antiguo "Vicus Spacorum" —pues Vigo, frente a lo que pudiera a simple vista creerse, tiene historia, y buena— ha pegado un salto que va, en menos de un siglo, desde 10.000 habitantes a los 170.000 de hoy. Un crecimiento que, a mí por lo menos, me asustó siempre un poco, como el de los rapaces que medran en demasía. Pero algo importante tendrá que hacer Vigo en el futuro cuando así se desarrolla y se transforma. Sí, algo le corresponde en la rueda de los desvelos del mañana al brioso gran puerto atlántico, situado como trampolín frente a la otra orilla que sigue siendo América.

Pero el Vigo que conoció la visita de César, la posible "Lambraca" en las guerras del pretor Decio Junio Bruto y la garra de Drake y de toda la filibustería inglesa, el Vigo heroico ante los soldados de Napoleón, lo que le vale el rango de ciudad, crece y se aúpa por el continuo milagro del mar al que está vocado por nacimiento y destino.

Es precisamente el XIX el siglo que, con la migración catalana y levantina, llegada al conjuro del "peixe", crea, entre barriles de salazón y primeras máquinas para la industria de "la conserva", ese vellocino de oro que la campana inquieta de Berbés hace sonar todas las horas en el tráfago mareante del gran puerto. Ese vellocino de oro, ¡ay!, que muchas veces la falta de capturas, o la codicia humana en el empleo de artes ilícitas, eclipsa, llevándose, como en la antigua fábula, el mismo pez a lo profundo en la boca.

Vigo, que crece y crece entre fábricas, frigoríficos, factorías y astilleros importantísimos, a los que llegan continuamente pedidos de buques de todas partes, siendo de destacar precisamente los de América, se proyecta con su flota, mayor y menor, ya por todos los mares. Ante la necesidad de extender los periplos, surgen nuevas entidades navales dotadas de las mejores técnicas, como son los barcos congeladores. No son tan sólo los grises salseros del "Grand Sole", el lejano y un tiempo próximo y amado mar céltico, tantas veces despensa y riesgo en la zozobra de los naufragios; son Terranova, Groenlandia, el enorme "bassin" africano, las aguas vírgenes de pesca en tantos casos, del continente americano... Una visita nocturna al Berbés, que aún conserva entrañables recuerdos arquitectónicos de la vieja época marinera, resulta interesantísima, apretada de luces y de color. Entre "parejas", "bous", "bacas" y barcos del "xeito" o de la "ardora", se mueve una masa humana que manipula este gran tesoro del mar que ha de abastecer tantos mercados y tomar, por vía y carretera, rápidamente el camino del interior: sabrosísimas sardinas que reclaman el carozo o el sarmiento para ser asadas y que, siguiendo el sabio consejo de Julio Camba, deben ir acompañadas de la patata cocida y el vaso de bon vivo tinto; un cachelo y un vaso por cada sardina. Rodaballos grasos y succulentos, "faisanes del mar". Finísimos lenguados y robalizas. Besugos de pasmado ojo. Merluzas anzueladas del "pincho", el "Grand Sole" o las Berlingas. Venusinos y palpitantes vieiras, que, como las ostras, encierran el íntimo sabor del Atlántico. Buen pulpo, sabrosón y reconfortante con su punto apimentado. Barrocas y deliciosas centollas, que parecen defender con la fortaleza de su rojo caparazón la intimidad de su inigualable carne. ¡Qué hermosura!

El pujante Vigo, con su buen "Club Náutico" y sus afamadas regatas, al que recientemente le ha sido asignado por el Gobierno uno de los polos de desarrollo industrial, nacido y vocado, repitámoslo, por y para el mar, posee también sus miradores naturales, espléndidos sobre la bahía. El "Vixiador", "La Guía"

y el "Castro", con buen restaurante, son el ejemplo. Es una lástima, por otra parte, que una arquitectura apresurada haya cerrado en tantas partes la hermosa perspectiva del bello mar de Martín Codax y Mendiño.

Bajando de nuevo a Vigo, una visita a Castrelos es siempre aconsejable, sobre todo cuando se ha posado en su magnífico parque todo el oro de otoño. Castrelos es un excelente pazo, denominado Quiñones de León, donado al Ayuntamiento por su último propietario, el marqués de Alcedo. El palacio guarda notables obras de arte y en el parque existe un magnífico "auditorium", donde todos los años tienen lugar relevantes representaciones, capaz para 17.000 personas. Posee también una sala de Historia Antigua, que muestra, entre otras cosas, diecisiete estelas funerarias curiosísimas, halladas hace unos años al abrir obra en una calle. Todo ello, palacio, avenidas y bojes del Parque, hacen su recuerdo gratísimo. Entre otros "pazos" próximos a Vigo, destaquemos el de Santo Tomé, muy hermoso, popularmente conocido por "La Pastora", que tiene en su archivo la clara y enérgica firma, la única que se conoce del hazañoso feudal, de Pedro Madruga, que señoreó en el xv este antiguo solar de los Sotomayor. Al lado de Vigo, Bouzas, cuna de patrones intrépidos, con su venerado Cristo de los Afligidos y su rebaño náutico, presto siempre a hacerse a la mar.

POR LAS PLAZAS HACIA BAYONA Y LA GUARDIA DONDE MUERE EL MIÑO

Carretera de Bayona adelante y por tranvía, se desenvuelve una teoría de playas justamente afamadas dentro y fuera de España: la extensa de Samil, que a tantos recuerda La Concha donostiarra; Corujo, Canido, Patos —la más solitaria— y Playa América. Todas enmarcadas en bellissimo paisaje y horizonte. Por Comesaña, Corujo, San Miguel de Oya y Nigrán, se discurre a través de una campiña adorable. Recuerdos de la antigua vía romana "Per loca maritima"; castros como el notable de San Mamed de Priege; maizales y viñedos, con el fresco pulmón del mar al lado. A la izquierda de La Ramallosa un estupendo puente romano con graciosa curva y hermoso crucero con alcancía o "peto de ánimas", rodeado de leyendas y recuerdos históricos y muy próximo de La Ramallosa el pétreo "pazo" de Gondomar, de don Diego Sarmiento de Acuña, el ilustre conde de igual nombre, diplomático sutilísimo en Londres y defensor inteligente y heroico de la bahía de Vigo frente a Drake, en 1585. El pazo tiene un bosque amurallado, propicio a extrañas leyendas nórdicas o al monólogo hamletiano.

Panjón se encuentra, con su bello templo votivo a la Virgen del Mar, al final de Playa América por breve ramal, y tras Monteferro, en una revuelta, la histórica

villa de Bayona. Esta noble villa de desinencia céltica, como su viejo sonoro nombre de Erizana, de gran comercio marítimo en la Edad Media con el norte de Francia, tuvo ya su fuero con Alfonso IX a principios del XIII, fue ocupada por portugueses en el XIV y, poco después, en 1386, por los ingleses del duque de Lancaster, el "Alencastre" de las crónicas gallegas, cuando éste vino a hacer valer sus derechos al trono de Castilla, a la muerte de don Pedro el Cruel. Le acompañaba su fiel cronista Froissart. La conquistó Pedro Madruga y supo también de la embestida de Drake. Los Reyes Católicos decidieron al fin situar la población de la sufrida villa en la gran fortaleza natural del "Monte de Boy", que se denominó Monterreal hasta hoy.

El castillo de Monterreal, que habitó el conde de Gondomar, con su gran bosque, sus murallas, contra las que se estrella invernal el "requiem" del oleaje, y sus leyendas, como la de la torre del Príncipe austríaco, sepultado por vida con máscara de hierro, ha sido, tras diversos avatares, adquirido por el Estado y se halla en plena reconstrucción que le devolverá su primitivo carácter. Será, indudablemente, un impresionante y único Parador de Turismo. Bayona, que tiene hermosísima Colegiata y es renombrado sitio de veraneo, tuvo el privilegio de ser la primera villa de España a la que llegó la noticia del descubrimiento de América, al arribar a su puerto la nao de Pinzón, maltratada por los elementos. Al lado de la vieja villa, en pleno monte, se encuentra la gigantesca imagen pétreo de la Virgen de la Roca, lugar de tradicional y concurridísima romería.

Frente a Bayona, guardando la ría, se encuentran las Cíes, las antiguas "Siccas" de los geógrafos clásicos. Graníticas y altivas —insuperable balcón sobre el Atlántico— con hermosas playas y gran lago salobre en la del Faro o Norte, donde Alfonso IX otorgó en 1201, en el monasterio de San Esteban, el fuero que acredita las viejas libertades de la actual Bayona. En esta isla fondeaban las flotas argelinas o angloholandesas para realizar luego sus depredaciones dentro de la bahía. Pero las Cíes, con singulares restos arqueológicos y antiguos cenobios benedictinos o bernardos, como el de San Esteban de Sías, arrasados por los piratas, tienen historia más antigua. Desde la ligada a la ruta del estaño en la navegación de las "Kassiterides", al cerco puesto por Julio César en el 60 a. de C. a los imbatibles "herminios", que desde la "Serra da Estrela" se refugiaron en las islas donde se les hizo sucumbir por hambre. Las dos islas, la del Faro en el norte y la de San Martín al sur, son un lugar de reposo, incomparable para nervios alterados, así como buen lugar de pesca. Sus cantiles ante el gran mar, sobrevolados por millares de aves marinas, forman una balconada única. Una línea de vapores de pasaje organiza en el verano desde Vigo frecuentes excursiones a ellas.

Siguiendo por Bayona a La Guardia, a doce kilómetros, se halla el monasterio de Santa María de Oya. Es impresionante esta antigua mole cisterciense, que tuvo

grandes privilegios bajo Alfonso VIII, y curiosos frailes artilleros que en una ocasión desbarataron una escuadra turca. En esta vieja tierra, donde aún queda el eco de los antiguos sacrificios, según reza la inscripción de la Pía de Mougás, sobre los montes que corren desde Bayona a Vigo, tienen lugar, de mayo a junio, los tres famosos "curros" —rodeos de caballos salvajes—, de Torroña, Mougás y Valga. El acoso y marca de los potros, entre relinchos, crines al viento, gritos y polvo, constituye, bajo el sol, una brava estampa de color con mar al fondo. Vale la pena.

Luego, a veintiocho kilómetros de Bayona, La Guardia, vieja villa Templaria, condecorada de espumas altivas, y orquestada de largos vientos atlánticos. La Guardia ofrece para encanto del visitante el célebre monte de Santa Tecla, contemporáneo de San Pablo, a donde llegó su culto, mirador incomparable, en días claros, del mar, el Miño, el valle y el fraterno y próximo Portugal. Tiene buen hotel y restaurante y en la infraoctava de la Ascensión nombrada romería de penitencia: la del "Monte". Arqueológicamente es también este monte importantísimo, con su famosa "citanía", sus restos de población romana sobre capas neolíticas del bronce —280 a. d. C.—, sus cerámicas, murallas e insculturas como la célebre llamada mapa, etc. Desde 1914 la asociación "Pro Monte" cuida celosamente todo esto.

En La Guardia, cuya brava costa firmemente mordida por el mar responde a la costa hermana portuguesa, se muere el padre Miño que viene de regar, algunos kilómetros más arriba, el luminoso y espléndido valle del Rosal: El Rosal, Goyán, San Miguel de Tabagón, de bellos nombres y excelentes vinos chispeantes. Una tierra como un tapiz, por la que el gran río, en el que se miran coquetas las pequeñas islas lusogalaicas, discurre perezosamente empapado de delicias, antes de sumirse entre la altivez de las espumas de La Guardia. ¿Muere allí? ¿Resucita? El padre Miño guarda celosamente su secreto.

OTROS CAMINOS DE PONTEVEDRA

Cuántos caminos más tiene, ¡ay!, Pontevedra, que la implacable premura del espacio nos impide hoy relatar "in extenso". Quisiéramos hablar de Cotobad, que va por Campo Lameiro y Moraña, donde su milagrosa romería de Los Milagros reúne todos los dorados septiembres a millares de ofrecidos, hasta Caldas de Reyes, sin dejar a Fornelos de Montes, Carballedo, Pazos de Borbén. Pontecaldelas..., patria, con Geve, de extraordinarios canteros, errabundos artistas del granito. De esta piedra matriarcal y dura, símbolo eterno del alma celta, en palabras de R. nán. Quisiéramos tener espacio...

Caldas de Reis, o de Reyes, a media hora de Pontevedra, de hermoso nombre, la antigua "Aquaee Celenae" de los romanos en el itinerario de Antonino Pío, termal para asmáticos como en aquellos tiempos. El Museo de Pontevedra conserva el reciente hallazgo de su tesoro de la Edad del Bronce —brazales, collar, vasos, peines— de buen oro, contemporáneo del de La Golada. La nación de Alfonso VII la riega el Umia con hermosura. Si de Caldas vamos hacia La Estrada, como el paisaje nos pide e incita, pasaremos por Cuntis, otra gran estación termal, para consuelo de afligidos reumáticos que, de tiempos, peregrinan a sus loades burgas.

La Estrada, agraria, feriante y próspera, se centra en el maravilloso valle del Ulla —otro río padre, con el Miño y el Tambre, de la eterna Galicia—, el valle más delicado y sutil, como una suave pintura del Correggio, de nuestra tierra. El extenso partido de La Estrada preside tierras paniegas y cereales, aradas simbólicamente como viñetas de sellos de correos, prados, bosques, maíces y viñedos que esconden el pálido secreto de los incoercibles y pálidos blancos del Ulla que, en sazón, constituyen el más exquisito regalo de un paladar exigente. En esta tierra cortés, en la que la suavidad de su clima permite la floración de las más exóticas y raras plantas, como, verbigracia, en el gran Parque del Pazo de Santa Cruz de Rivadulla. Los "Pazos" son la condecoración más noble de esta tierra, entre olivos, camelios, sauces y magnolios. El versallesco de Oca, con sus jardines y bellísimas fuentes, es una magnífica expresión de tanta hermosura. Al fondo, el Pico Sagro —uno de los montes que los celtas consideraban impío herir con el hierro, recogiendo su oro sólo si el rayo lo quebraba— otea las pétreas torres y los broncecillos ecuménicos de Compostela, mientras la carretera sigue por Bandeira, Merza y Las Cruces, también agrarias y feriales. En La Golada el viejo "Pazo" de los condes de Borrajeiros y, por la carretera de Merza, en la parroquia de Santa Eulalia de Rosón el afamado Santuario de Nuestra Señora del Corpiño, donde en la víspera del glorioso San Juan —tan unido a entrañables y ancestrales mitos— se celebra una de las más impresionantes romerías de Galicia, a la que acuden los posibles posesos, aquejados de "meigallo" o "ramo cativo". Por estas tierras se encuentran restos melancólicos de hermosísimas antiguas abadías. Tal es el monasterio bernardo de Acibeiro, del XII, en la carretera que desde Silleda va a Pontevedra por Cercedo y Geve, o el de San Lorenzo de Carboeiro, en la del Corpiño que por Merza sigue a Las Cruces, otra ruina del X. Consagrada por San Rosendo, hoy, sobre los bosques que dominan al río Deza, conserva, con su fachada, y entre otros restos, un estupendo ábside sobre la cripta. ¿Hasta cuándo perdurará, si sabias manos no lo salvan, esta joya, una de las más puras de nuestro Románico?

De Silleda a Lalín —patria del malogrado gran aviador Lóriga, uno de los héroes del vuelo a Filipinas, y del humilde sacerdote y gran astrónomo universal contemporáneo don Ramón María Aller— castañares y más "Pazos", con horizontes dilatados. El Gran Monte Faro, centro geográfico de Galicia, con su célebre ermita, preside majestuoso esta alta tierra —nutricia, perdicera y jamonera—

de la suave y deleitosa Pontevedra. Al Faro fue también romero Martín de Requeixo, aquel juglar de Chantada, en el alba del XIII. Leda rapaza lo recuerda, amorosa, en sus coplas:

Fui eu, madre, en romaría
a Faro con meu amigo
e veño dél namorada
por canto falou comigo...

Nos quedan todavía otras tierras: De Vigo a Orense por el puerto de La Cañiza, con hermosas perspectivas de altura, pasando por Porriño, y las húmedas Gándaras de Budiño, industriales y de gran riqueza agrícola, en cuyos aguazales se alza el vuelo del pato real y parte rápida, como balón engrasado, la incoercible becacina, tentación de buenos cazadores. También desde Tuy, Miño arriba, se llega a estas tierras, que vigilan entre el esplendor del valle y del río, los altos montes del Galiñeiro y el Alba, este último con la venerada capilla de su mismo nombre.

Tuy queda, aguas abajo, serena y hermosa sobre la hermosa serenidad del Miño; cargada de historias, de recuerdos, de naranjos y de bellezas. El viajero tiene que volver emocionado en la ruta su mirada hacia la antigua Tyde, patria de varones ilustres —San Payo, San Pedro Telmo, el enigmático y sabio doctor Francisco Sánchez, autor del clásico “Quod nihil scitur”; Cadavalo Gravío, gran humanista, y otros varios modernos y contemporáneos, como Fray Rosendo Salvado, misionero, escritor y primer obispo en el XIX de Nueva Nursia en Australia— y cuya catedral presenta inmejorable portada del último ojival. ¡Qué recuerdos para el viajero los del grato discurrir por sus evocadoras rúas, si, a mayores, se han paladeado unas deliciosas y únicas angulas y lampreas del Miño, bien regadas por los óptimos caldos del Rosal!

Estamos ahora en Pontareas, con sus célebres alfombras de flores en el Corpus Christi; Mondariz, con su gran balneario justamente sonado en todo Occidente, y en cuyo álbum se encuentran curiosos ditirambos de agradecidos, desde Núñez de Arce, a Castelar, Luis Taboada o doña Emilia Pardo Bazán, pasando por los doctores Carracido, Pi y Suñer, Pulido o don Leonardo de la Peña; o Villa Sobroso, con el garabato de su castillo cimero, bien restaurado por su actual castellano Alejo Carrera, uno de los pocos que no pudo conquistar Pedro Madruga.

Antes de La Cañiza, en Lamosa, un ramal llevará al viajero curioso al Santuario de Nuestra Señora de la Franqueira, de gran devoción general y particular para los marineros salvados de la zozobra de las olas, cuya gran imagen pétrea, bella y bien vestida, sale solemnemente en carro tirado por varias yuntas de bueyes todos los 8 de septiembre. Esta romería nos lleva de la mano a recordar otra famosa. La de Santa Marta de Ribartame, en el Ayuntamiento de Las Nieves,

en la noble tierra miñora del condado, donde, por cierto, y en Salvatierra, tiene lugar, al inicio del otoño, otro célebre concurso, exaltador de los excelentes vinos que portan el nombre del condado. La romería tiene lugar el 29 de julio. Tras la imagen de Santa Marta, de hermosa talla compostelana, por cierto, tan ligada a la muerte —que tanto conmueve a nuestro Finisterre—, con Lázaro, su hermano, va una larga fila de penitentes arrodillados y en ataúdes, vestidos con la mortaja que a punto estuvieron de tener por definitiva. Las salmodias de los familiares ponen frío y alegría a un tiempo:

Virxen Santa Marta,
Sol de medio día
o resucitado
ven na compañía...

.....
Virxen Santa Marta
color do limón,
quen fixo a promesa
vai na procesión.
.....

Sobre este “formido mortis”, los vencejos, entre bombas de “triple estroncio” y de palenque, rayan, entre la alegría de las campanas, jubilosos y chilladores, los azules intactos de julio.

El pasajero ve y medita. Se sume en todo lo que ha visto a lo largo y ancho de tanta belleza heredada, y es precisamente ahora, ante la sombra de la muerte que pasa, cuando vuelve al hondón del recuerdo la voz del juglar, profunda como un “pneuma”: E vou namorada...

BIOGRAFIAS DE LOS AUTORES

JOSE MARIA CASTROVIEJO. (Escritor.)

Nació el 4 de marzo de 1909, en Santiago de Compostela. Estudió Derecho y Letras. En 1935 profesor de Economía Política y Hacienda Pública en la Universidad de Santiago. En 1940 Secretario Asesor de la Dirección General de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores. Profesor de Lengua y Literatura Españolas, en la Universidad de Palermo. Ex director de «El Pueblo Gallego». Actualmente preside la Casa de América en Vigo. Ha dado conferencias en las principales Universidades y Centros Culturales de Europa y América. Es mutilado de Guerra. Obras literarias: *Altura*, poemas de guerra; *Mar del Sol*, poemas de un diario a bordo; *Los gozos del Año Santo*, *La ciudad de Santiago*, *Rías bajas de Galicia*, *Don Quijote 1947*, *Apariciones en Galicia*, *El pálido visitante*, *La burla negra*, *Galicia: Guía espiritual de una tierra*, *Viaje por los montes y chimeneas de Galicia*, en colaboración con Alvaro Cunqueiro: *Los paisajes iluminados*, segunda edición de Ancora y Delfín, Barcelona, 1963; *Teatro Coquinario* y *Venatorio Gallego*, para bibliófilos, en colaboración con Alvaro Cunqueiro.

MARIA VICTORIA DE LA FUENTE (Pintora).

Nació en Vigo. Estudió Bellas Artes en la Escuela Superior de San Fernando, de Madrid. Su primera exposición individual la celebra en el Ateneo de Madrid y por ella obtiene el Premio de la Crítica de ese año (1962). Otros galardones que ha obtenido, son: Premio «Familia Española», «Premio Abril» de 1963 y Pensión de Pintura de la Fundación Juan March. Ha participado en algunas muestras colectivas importantes: «Los toros y los toreros en el arte actual», «Veinte años de pintura española», «Junge Spanische Malyer», «Joven figuración en España», etc.

ESTE FASCÍCULO ES UNA SEPARATA DE LA
OBRA «LA ESPAÑA DE CADA PROVINCIA», CUYA
EDICIÓN FUE PATROCINADA POR LA JUNTA IN-
TERMINISTERIAL PARA LA CONMEMORACIÓN DEL
«XXV ANIVERSARIO DE LA PAZ ESPAÑOLA»

Depósito legal M. 10.321 - 1965

Precio: 10 ptas.